

sólo para conocer la espiritualidad y las actividades apostólicas de este nuevo y fecundo movimiento de la Iglesia, sino también para conocer y amar más a Jesucristo y a su Iglesia.

E. FORMENT

ANDRÉS VÁZQUEZ DE PRADA, *El fundador del Opus Dei. III. Los caminos divinos de la tierra*, Madrid, Rialp, 2003, pp. 796, cm. 17 x 25, cartóné, 84-321-3462-7.

Tercer y último volumen de la biografía de san Josemaría Escrivá de Balaguer, preparada por el profesor Andrés Vázquez de Prada, autor de biografías de grandes figuras de la Iglesia, como el cardenal Newman (*El sueño de un anciano*) y santo Tomás Moro (*Sir Tomás Moro*) y que trató con intimidad en múltiples ocasiones con el santo fundador del Opus Dei. En este volumen comienza a principios de 1946, con el primer viaje del fundador a Roma y termina en el día 26 de junio de 1975, día de su muerte. No es posible dar cuenta de todos los muchos episodios, que permiten conocer la espiritualidad de un santo de nuestros días, canonizado recientemente, el seis de octubre de 2002, y la que viven sus hijos, que son ya más de 60.000, de ochenta nacionalidades y de los cinco continentes. Uno de ellos, muy significativo, es el de la conversación de un alto personaje de la Curia con Don Alvaro del Portillo. Le dijo: "L'Opus Dei era giunto a Roma con un secolo di anticipo: que la Obra había llegado a Roma con un siglo de anticipación, y que la única solución posible era esperar, porque no existía un adecuado cauce legal para lo que la Obra representaba" (p. 23). En la biografía se describe todo el largo proceso, que culminó hasta que el Opus Dei fue erigido en Prelatura personal. Es increíble como tuvo que defender la naturaleza de la obra, su "herencia divina". Vázquez de Prada cuenta que se veía obligado a insistir en las notas diferenciales entre la vida religiosa y la vida profesional de sus hijos. "Es ilustrativa de esta actitud una pequeña anécdota (...) Estaban don Alvaro y Salvador Canals trabajando con unos documentos en Città Leonina en el cuarto del Fundador, y éste, con el resto de sus hijos, contestando la correspondencia de varios centros de España: Granada, Sevilla, Bilbao, Madrid..., cuando pasó al vestíbulo de la casa un religioso que traía una carta. Al entrar en el comedor (o sala de estudio, como se prefiera llamar), maravillado al verlos tan concentrados en la mesa de trabajo, exclamó: '¡Qué silencio!, como en una comunidad religiosa'. El fundador se levantó de su silla como tocado por un resorte y le contestó muy cortésmente: 'Perdone, Padre. Trabajando como buenos cristianos'. Quedó claro al buen religioso que trabajar a conciencia, con silencio e intensidad, era algo común a todos los cristianos, religiosos o laicos" (p. 78). Otro hecho, que podría destacarse es ya de sus últimos días. Cuenta el autor que san Josemaría: "Seguía afirmando ante sus hijos que en la tierra ya no era más que un estorbo. Desde el cielo, en cambio, podría ayudar mejor a todos. Tenía enormes ansias de contemplar el rostro del Señor. Había recorrido amorosamente las páginas del evangelio en su busca. Había seguido las pisadas del Maestro, predicado sus enseñanzas y difundido el bonus odor Christi –el divino aroma de su Humanidad–, pero sin alcanzar a ver su rostro. Grabados en su alma traía los rasgos de Jesús. Deseaba ver su faz; pero el semblante divino se le representaba como la imagen de un borroso espejo, que dejaba insatisfechos sus deseos. Y las películas históricas con escenas de la vida de Jesús de Nazaret le producían siempre un desasosiego hondo, aunque sabía que a otras personas podían ayudar en su vida. Ni remotamente encontraba semejanza alguna entre una imagen interior, nacida del amor, y las representaciones artificiosas de un film. Todo su ser apetecía la contemplación, cara a cara, del rostro, gloriosamente bello, de Jesús. En sus últimos días continuaba clamando: *Vultum tuum, domine, requiram!* busco tu rostro, Señor. Quiero ver tu rostro, Señor (Salmo 26, 8)" (pp. 766-768).

E. FORMENT

ANTONIO GARCÍA-MORENO, *Pueblo, Iglesia y Reino de Dios*, Madrid, Ediciones Rialp, 2003, pp. 248, cm. 16 x 24, ISBN: 84-321-3461-9.

El profesor Antonio García-Moreno, Canónigo Lectoral de la Archidiócesis de Mérida-Badajoz, licenciado en Derecho Civil por la universidad de Sevilla, doctor en Teología bíblica por la Pontificia Universidad Gregoriana y licenciado en Ciencias Bíblicas de Roma, que hace más de treinta años imparte clases en el Seminario Metropolitano de Mérida-Badajoz y en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, es el autor de esta obra, que gira en torno al tema del Reino de Dios, que como indica en la Introducción es "de una gran complejidad y amplitud. En realidad todos los puntos de la predicación de Jesucristo y sus Apóstoles giran en torno al Reino" (p. 19). La obra está dividida en tres capítulos: Panorámicas sobre el reino (Importancia del Reino de Dios; Presupuestos veterotestamentarios; La plenitud de los tiempos; Proclamación del Reino; La Virgen María y el Reino; Los ciudadanos del Reino; Reino de Dios e Iglesia; Reino de Dios e Iglesia); El pueblo y el Reino (El Evangelio del Reino); Los bienes del Reino (La salvación; La vida; La unión con Dios; Posesión de la Tierra; El consuelo; La satisfacción plena; La misericordia; La visión de Dios; La filiación divina). La tesis principal de la obra, que coincide con la de Santo Tomás de Aquino, queda sintetizada en estas palabras del autor: "En la Iglesia (...) se realiza el Reino. En ella está la salvación de los hombres, hasta el punto que 'extra Ecclesia nulla salus'. Este reino existe aquí abajo de manera incipiente y parcial. Por eso no se da todavía una identificación total entre Iglesia y Reino de Dios, concebido éste en su fase definitiva de triunfo absoluto y universal (...) La salvación de todos los hombres